



V Jornadas de Estudios Clásicos y Medievales “Diálogos Culturales”

Centro de Estudios Latinos

en colaboración con la Cátedra de Literatura Española Medieval
y el Centro de Teoría y Crítica Literaria.

Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales (IdIHCS UNLP-CONICET)
Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Universidad Nacional de La Plata.

Las imágenes culinarias como metonimia del deseo y la sensualidad en el Libro de Buen Amor. *Un aporte a la comprensión de la cultura de la España medieval.*

Camila Giannina Dascal Olguin
Universidad Diego Portales, Chile
ca.dascal@gmail.com

Resumen

El presente trabajo plantea una línea de lectura en torno a uno de los aspectos más remarcables en la obra maestra de Juan Ruiz: las referencias a la cocina medieval española. Se analizarán las apariciones de los alimentos en el texto en cuanto a su contexto histórico y la narración, haciendo uso bibliográfico de obras pertenecientes a Lida de Malkiel, A. D. Deyermond y J. Le Goff, etc.

La importancia de las referencias culinarias se aprecia por medio de tres factores: primero, los alimentos juegan un rol indispensable para la configuración del relato. Segundo, la imaginería y simbología culinaria significan un aporte sensorial y estético. Finalmente, las descripciones poseen valor histórico: el Arcipreste, mientras expone una amplia galería de oficios, nos ofrece un menú de España, ilustrando las representaciones culturales de la época.

Palabras clave: Comida, España, Medieval, Arcipreste, Buen Amor.

Desde la primera mitad del siglo XIV hasta nuestros días, aventurarse en la obra maestra de Juan Ruiz no ha dejado de ser un ejercicio tentador. Y es que estamos discutiendo al respecto de un libro que versa en su mayor parte sobre tentaciones, aquellas de las que siempre se ha nutrido el hombre, y que bajo el enfoque del Cristianismo suelen ser definidas como pecados. Claro que, en este caso, en lugar de

contrastarlas con la vida recta que debiera ostentar su autor como miembro del clero, nos las entrega engarzadas con su historia misma. Y más aun, detalladamente descritas, enriquecidas de arte literario, hasta el punto que los más se han preguntado si no es el del Arcipreste acaso un libro que llama al amor del malo, es decir, al terrenal-carnal que no guarda relación con la búsqueda de sentido religioso. Muchas opiniones hay al respecto: todo el *Libro de Buen Amor* se estructura bajo el principio de la ambigüedad.

Se ha dicho que las reiterativas parodias a textos eclesiásticos junto con la marcada ambivalencia de Juan Ruiz tendrían un propósito retórico, el de confundir al lector. “O quizá más probablemente”, en palabras de Alan Deyermond, “sea una muestra del humor malicioso del Arcipreste y de su resistencia a dejarse confinar de modo irrevocable en una perspectiva única” (192). Son variadas las formas poéticas que nos hace degustar el Arcipreste en su deambular por Castilla; así mismo, las imágenes que nos muestra corresponden a diferentes estratos sociales y oficios, los que despliega ante nosotros como si se tratase un menú.

Por más que el título del texto célebre de Juan Ruiz guarde relación con el amar y no con el comer, no conviene pasar por alto la relevancia que tienen en él las menciones a los placeres de la cocina. Es posible apreciar la importancia de las referencias culinarias en la obra principalmente debido a que los alimentos juegan un rol indispensable para la configuración del relato; son muchas veces el motivo de acción de los personajes. Por otro lado, la imaginería y simbología referente al mundo culinario significan un fundamental aporte sensorial y estético. Finalmente, las descripciones poseen un alto valor histórico que trasciende el afán realista de las pastorelas (tipo de obra que, entre muchas otras, es parodiada por el Arcipreste): nos encontramos ante un texto que como lo explica Rosa Lida de Malkiel: “Dice mucho sobre su autor, revela un poeta prendado de la realidad concreta” (17).

Juan Ruiz pensado como individuo resulta ciertamente peculiar (al menos desde fuera de la tradición goliárdica) si se observa a partir de la imagen idealizada de los clérigos como portadores de una vida austera y recatada. Fiel representante de su época, el gesto libre de indicar que ha escrito no sólo canciones para estudiantes y mendigos, sino que también para judíos y moros, es reflejo de la España multicultural en que

florece su obra. Allí los conflictos entre cristianos y musulmanes mantenían una constante tensión en las fronteras, desdibujándolas y facilitando el contacto intercultural. Coexistían los seguidores del Islam, penetrando hasta Barcelona, con los guerreros cruzados buscando expulsarlos a Córdoba. Pero como recalca Georges Duby, el papel principal lo interpretaba

La Europa cristiana apoderándose de todo aquello que podía tomar: oro, esclavos, más refinamiento en las palabras y en los gestos, más sutileza en las especulaciones del espíritu. Porque prosperaban vigorosas comunidades cristianas bajo la dominación tolerante de los califas, los monasterios de Castilla, Aragón y Cataluña seguían en relación, por Zaragoza y Toledo, con los viejísimos focos muy vivos, las cunas orientales del cristianismo. (42)

Compuesto en versos monorrimos que oscilan entre las 14 y las 16 sílabas, es continente de diversas formas literarias que configuran una obra circular: plegarias y coplas a Dios y a la Virgen, amonestaciones, fábulas, canciones, poemas goliardos y diversas parodias a los estilos populares de la época. Visionario dueño de una cruz castellana entre la oralidad y la escritura, el Arcipreste va revelando en esta multifacética obra un afán de explorar distintos lugares de enunciación así técnicas literarias; nos hace partícipes de su gusto por la variedad. Y por la comida; no es casual que el primer interés amoroso identificable del protagonista, una mujer que lleva el polémico nombre de Cruz, se oficie de panadera. Tal como expone Louise Vasvari, cabe señalar que

En la Edad Media la panadera u hornera sufría de una mala reputación legendaria de mujer ligera y de alcahueta, como lo comprueban numerosos refranes maliciosos (...). Es probable, como dicen Combet y Rowland, que para el hombre medieval la alusión al pan, al trigo, al grano, a la semilla, y toda referencia al trabajo asociado con el moler de la harina y la preparación

del pan pudiera tener en ciertos contextos psico-literarios fuertes connotaciones erótico-burlescas (306).

Uno de los ingenios remarcables del libro guarda, en efecto, relación con los alimentos que la muchacha prepara; cuando el estudiante Fernán García, supuestamente al servicio del Arcipreste, se convierte en el nuevo amante de Cruz, dice el autor despechado que de esta “él comió el pan más dus. / a mí dio rumiar salvado” (118 *bc*). En esta ocasión el pan dulce aparece como sustitución del goce de la intimidad femenina; Juan Ruiz se tuvo que contentar con “rumiar” el duro e insípido salvado, probablemente refiriéndose con esto a la lenta campaña de la conquista, que incluye coquetear y charlar con ella. El mozo, en cambio, se quedó con la parte más dulce: el sexo. La comida aparece aquí como metonimia del deseo. Y si bien en este fragmento se evidencia lo culinario como ligado a lo erótico, son varios más los usos que hace el Arcipreste de este tema lo largo de la narración; en casi todas las fábulas es el alimento el motor de la acción.

Tanto en el ejemplo del ladrón y del mastín como en el ejemplo del alano que llevaba un trozo de carne en la boca, la comida tiene un valor esencialmente positivo: se trata del bien mayor. Esto se repite en casi todos los *exempla* del *Libro de Buen Amor*, y aunque los protagonistas son en su mayoría animales, no debemos olvidar que están siendo personificados. De este modo, la comida se muestra con mayor fuerza como fundamental para los seres vivos en tanto que les permite la supervivencia. Se ve representada como un objeto valioso por el que luchar, o poner en riesgo la vida (o incluso, como se verá más adelante, intimar con mujeres horrendas y fornidas). En cuanto a los textos en forma de amonestación, cuando el hablante lírico nos transmite los riesgos que acarrea el pecado de la gula, gran parte de lo que predica es o será llevado a cabo por él mismo. Sentencias como “nunca te vi ayunar, (...)/ non pierdas la yantar” (292 *ab*) son fácilmente aplicables a la vida representada del eclesiástico, tal como la mención de que, a continuación de la glotonería “es la loxuria, et todo mal después” (296 *d*).

La aventura con las serranas, en donde se invierten los roles del género literario de las populares serranillas (o pastorelas), es una fiel muestra de aquello. De hecho, en su llegada a la Sierra el problema principal de Juan Ruiz, en forma de queja, no es otro que la falta de alimento: cuenta que “luego perdí la mula, non fallava vianda, quien más de pan de trigo busca, sin seso anda” (950 *cd*).

Aunque al encontrarse con la primera campesina alude al frío como excusa para refugiarse, lo que se describe en la casa rústica no es ni el calor ni el posterior sexo al que ella lo empuja: es la comida. El clérigo aventurero nos relata gozoso cómo la serrana luego de tumbarlo, amedrentarlo, y llevárselo a caballo “como a çurrón liviano” (967 *b*), le sirve una cena rústica pero abundante: conejo de soto y perdices asadas, hogazas de pan, manteca de vaca, queso ahumado, leche, natas, y una trucha. Ahora bien, mientras el Arcipreste sacia su apetito goloso, una sonrisa se le va formando en el rostro, como es natural. La vaqueriza, no obstante, interpreta el involuntario gesto como coquetería, lo que desemboca en una violenta, amenazante instigación a la “lucha” por parte de ella. El narrador Juan Ruiz, luego de copular con la que denomina “chata endiablada” (163 *a*), señala “creo que fis’ buen barato” (971 *d*). En pocas palabras, accede a tener sexo con una mujer repugnante a cambio de comida. La actividad sexual, en este caso poco placentera, queda relegada a un segundo plano: se transforma en un instrumento para calmar su apetito.

Otro tanto ocurre en el episodio de la segunda serrana. Relata que “era nona pasada, e yo estaba en ayuno” (981 *b*), recalcando cuán grande era el hambre que sentía. El Arcipreste, una vez más golpeado y posteriormente acogido por la mujerzuela, que se quiere ir a la “lucha” sin demora, le dice: “Pardiós (...) amiga, más querría almorsar/ que ayuno et arresido non ome podría jugar, / si ante non comiese, non podría bien baylar” (982 *abc*).

Procede, nuevamente, a describir la comida, aunque esta vez no resultó tan favorecido: le han dado pan de centeno “tiznado” y “moreno”, vino “malo, agrillo y ralo”, y carne “salada”, además de queso de cabra. La violación del poeta resulta más humillante, como demuestra el verso: “Asañose contra mí, resçelé e fui cobarde” (984 *d*). En la “loca” (950 *b*) aventura sexual que vive en la Sierra, la comida es lo que

impulsa a Juan Ruiz, igual que a los animales de sus *exempla*. En sus experiencias con las serranas, sobre todo en el caso de las dos primeras, se hace alusión a la comida típica de ciertos campesinos de España diferenciando incluso grados de pobreza específicos, dando cuenta del conocimiento que el autor tenía de sus alrededores y de cómo es capaz de integrar a la obra una visión polifacética de la sociedad.

Por otro lado, quizá la mayor y más colorida alusión a los alimentos en el texto de Juan Ruiz es su versión libre de la conocida alegoría del carnaval contra la cuaresma, ocasión descriptiva, además, de un menú correspondiente a las clases más acomodadas del período. Las figuras alegóricas llevarán el nombre de “doña Cuaresma” y “don Carnal”; cabe señalar la preferencia por un nombre netamente asociado con la comida en el caso de este último, que se encarga de reclutar “una hueste numerosa, es decir, una lista de las distintas clases de carne presentadas como animales vivos en el orden en que aparecían en una comida medieval, y armadas de las correspondientes piezas de menaje” (Malkiel, 54). La descripción induce a un verdadero deleite sensorial, gracias a sus imágenes ricamente adjetivadas: piernas de cerdo “fresco”, vinos “bien tintos”, pavos “lozanos” y “muy bien adornados”. La Cuaresma estratégicamente prefiere esperar a que acabe el festín de su némesis para sorprenderlo, sabiendo que estará dormido por la modorra. Uno pudiera esperar que los versos en los que actúa doña Cuaresma estén limpios de referencias culinarias. Sin embargo, en lugar del ayuno se discurre sobre los alimentos permitidos en el medioevo durante este período reflexivo para el cristianismo¹. “Así, en lugar de un segundo catálogo de manjares, los alimentos de cuaresma están indicados en la acción y acompañados de su precedencia, de suerte que constituyen una verdadera carta gastronómica de los pescados y mariscos de España” (Malkiel, 55). La presentación de la comida en el relato de don Carnal y doña Cuaresma, además de su uso alegórico al caracterizar a los personajes, permite una correcta indagación en la cultura del país y la época de su autor; entrega datos relevantes a un tiempo históricos y culturales.

¹ Según Pablo García Piñar, podría deberse a que “Juan Ruiz, guiado por ese espíritu crítico que lo caracteriza, parece burlarse de una iglesia que prescribe el consumo de la carne pero que admite el de otros elementos de iguales características” (párr 5).

Después de una lucha cruenta que a ratos funciona como una impecable parodia a la épica caballeresca, doña Cuaresma logra derrotar a su enemigo con la ayuda de alimentos militantes. Es encarcelado y obligado a la enmienda; en estas estrofas oímos a un Arcipreste más serio, entregado a un sermón que estipula los peligros implicados en la absolución a manos de los clérigos menores. Se indica, por otro lado, el menú que debe seguir en ayunos (entendiendo dicha penitencia como la prescripción de ciertos alimentos y no como privación total). A diferencia de lo recitado anteriormente, el conjunto de platos que corresponde a los penitentes es austero: una dieta a base de garbanzos con aceite, gachas, lentejas, pan y agua.

No obstante, y con todo probabilidad para recuperar la atención del público aletargado, el hablante nos cuenta que don Carnal se aprovecha de la confianza que en él han puesto y se escapa a la judería, donde “resçebiéronlo muy bien en su carneçería, / pascua de pan çençeño éstos los venía, / plogó a ellos con él, e él vido buen día” (1183 *bcd*); los judíos, que obviamente no festejan la cuaresma, no le temen a la encabritada doña. Don Amor reaparece entonces, junto a don Carnal, y ambos se alojan en casa del Arcipreste. Allí se procede a describir las diversas ocupaciones de los meses o temporadas del año, quienes se encuentran sentados a la mesa charlando mientras cenan. Otra vez son mencionados algunos alimentos que en cada temporada resultan usuales.

Más adelante, en la fábula del ratón de ciudad y el ratón de campo, vuelve a presentarse la comida como un bien de inigualable importancia y de gran deleite, indicando que “solás con yantar buena todos omes ablanda” (1375 *d*). También ocurre en “Ejemplo del gallo que encontró un zafiro en el muladar” esta vez aplicando el alimento a la vida de los religiosos que, como el mismo Juan Ruiz gozan de él: “Alegre va la monja del coro al parlador, / alegre va el frayle de terçia al refitor, / quiere oír la monja nuevas del entendedor, / quiere el frayle goloso entrar en el tajador.” (1399).

Por último, entonces, lo culinario aparece ligado a la religión. Una detallada descripción alimenticia tendrá lugar en la charla del Arcipreste y Trotaconventos, su celestina, cuando le aconseja ser amante de una monja. “Yo la serví un tiempo, moré y bien dies años, / tienen a sus amigos viçiosos sin sosaños, / ¿quién diríe los manjares, los presentes tamaños, / los muchos letuarios nobles e tan estraños?” (1333). Dice

también, refiriéndose a los conventos: “Sabed, que de todo açúcar allí anda volando, / polvo, terrón, e candí, e mucho del rosado, / açúcar de confites, e açúcar violado, / et de muchas otras guisas, que yo he olvidado” (1337).

Después pasa a enumerar los diferentes tipos de preparaciones que las monjas elaboran; y que no son otra cosa que electuarios: afrodisíacos que cumplen las veces de medicamento y golosina (debido en parte a su gran cantidad de azúcar) ya que se trata de comestibles que “pertenecen a la farmacopea galénica, pero que al mismo tiempo las clases pudientes tenían en consideración también como golosinas, como símbolo de su estatus social” (párr 13). Entre sus variedades mencionadas en el *Libro*, están los de rosa, jengibre, sidra y nuez². Por último, destaca la alcahueta que “Mompeller, Alexandría, la nombrada Valençia, / non tienen de letuarios tantos nin tanta espeçia” (1338 *ab*), para rematar con la notable frase “más saben e más valen sus moças cosineras / para el amor todo que dueñas de fueras” (1340 *cd*), aclarando que una moza diestra en la cocina vale más que la que no maneja este arte.

A lo largo del *Libro de Buen Amor* es posible percibir la relevancia de las referencias a los alimentos tanto a través de su cualidad descriptiva histórico-cultural, y de su papel como motor que provoca el actuar de los personajes, como tomando en cuenta el valor poético y literario de cada una de ellas. De la misma forma que expone una amplia galería de los más diversos oficios del medioevo, el Arcipreste nos ofrece un completo menú de España, ilustrando al lector y guiándolo a través de la cultura del período y sus representaciones. Por otro lado, las imágenes y descripciones de este tipo enriquecen la narración y estilo de Juan Ruiz, Arcipreste de Hita, haciendo de su obra una aventura sensorial, que bien puede articularse como un viaje culinario. *Vale*.

² Al respecto de la clasificación, origen y preparación de los electuarios y otros manjares producidos por monjas en la época de Juan Ruiz, resulta de gran ayuda el libro de José Pérez Vidal *Medicina y dulcería en el Libro de Buen Amor*.

Bibliografía

Deyermond, A.D. *Historia de la Literatura española: la Edad Media*, Barcelona, Ariel, 1994.

Duby, Georges. *Europa en la Edad Media*, Barcelona, Paidós, 1982.

García Piñar, Pablo. “El puerro Cuellealvo: un felón entre las huestes cuaresmales”.

Centro Virtual Cervantes.

<http://cvc.cervantes.es/literatura/arcipreste_hita/02/pagani.htm>

Malkiel, M.R.L. *Dos obras maestras españolas: El Libro de Buen Amor y La Celestina*, Buenos Aires, Eudeba, 1996.

Pagani, Gianluca. “A la mesa del Arcipreste. La cocina castellana del siglo XIV en los versos de Juan Ruiz: unas notas”. Centro Virtual Cervantes.

<http://cvc.cervantes.es/literatura/arcipreste_hita/02/pagani.htm>

Pérez Vidal, José. *Medicina y dulcería en el Libro de Buen Amor*. Memoria Digital de Canarias. <http://mdc.ulpgc.es/cdm4/item_viewer.php?CISOROOT=/MDC&CISOPTR=70533&CISOBOX=1&REC=1>

Ruiz, Juan. *Libro de Buen Amor*. Biblioteca virtual Miguel de Cervantes. <<http://www.cervantesvirtual.com/obra/el-libro-de-buen-amor--0/>>

Vasvari, Louise. “La semiología de la connotación: Lectura polisémica de ‘Cruz cruzada panadera’”. *Nueva Revista de Filología Hispánica*. T. 32, No. 2, 1983, pp. 299-324.